también (se lo auguro con el corazón) una hermosa quinta sobre el lago de Como; tardío, pero dulce fruto de sus mil volúmenes, y sobre cuya puerta podrá escribir:

«Aquí... descansa de su peregrinación de cincuenta años...»; y debajo, en lugar de su nombre, un verso acomodado del Dante:

¡Aquel que tiño de sangre el mundo!...





XI

El Capitán Bove

EXPLORADOR DE AFRICA

dad que debía conducirlo al sepulcro; una enfermedad complicada, extraña, implacable, obscura hasta para el habilísimo médico que lo asistió en la casa de baños de Andorno: como si con el aire del continente misterioso hubiérasele entrado en los poros misterioso veneno. Experimentaba atroces dolores de cabeza, una repugnancia extraordinaria á toda clase de alimentación y un profundo abatimiento así físico como moral; de repente, á estos síntomas sucedía una vuelta impetuosa de la salud y de la antigua poderosa vitalidad, y entonces buscaba el trato de las gentes, alegraba la mesa con una locuacidad llena de ingenio y

de cortesía, entablaba contienda con el *masseur* alemán de la casa, y comía con insaciable avidez, lo cual causaba verdadero estupor á quien desconocía su estado, y un sentimiento de lástima á quien no lo ignoraba. Así transcurrían algunos días, al cabo de los cuales, hastiado el estómago, repugnaba los alimentos, y con la dieta forzosa, volvían á empezar los dolores, la aversión al movimiento, la tendencia á la soledad y, sobre todo, un invencible y tormentoso insomnio.

¡Pobre Bove! Destroza el corazón oír al médico describir los martirios que sufría durante aquellas noches interminables. Un anhelo sin nombre, una continua labor febril de la mente, agitada de todas maneras por pensamientos dolorosos y por fantasías monstruosamente lúgubres, que no le dejaban pegar los ojos un minuto, que lo tenían horas enteras sentado en la cama, con las manos en la frente, con el infierno en el cráneo y la desesperación en el corazón, esperando el alba libertadora, que no despuntaba nunca; y el médico lo encontraba á menudo en aquella actitud, oprimido por una tristeza infinita y llorando como un niño. Luego seguía un nuevo período de alivio, y luego de nuevo la misma agonía.

La cura hidroterápica, aunque vigorosa y asidua, no lo mejoraba, ni tenía fe en ella. Y á las veces hablaba del suicidio, razonablemente y con gran tranquilidad de ánimo, como de un medio lógico y lícito de salir de ciertas condiciones á las cuales puede la enfermedad reducir á un hombre; y cuando el médico, receloso

porque sospechaba algo, le contradecía, contestaba con nuevos argumentos, siempre apaciblemente, como si discutiese la cuestión sin pensar en sí mismo; y así al menos, repito, parecía á los demás, pero no al facultativo, á quien produjo dolor, mas no sorpresa, la noticia del suicidio.

—«Nadie, dijo, se admirara, si todos hubiesen visto cuánto sufría.»

Pero la enfermedad fue una causa secundaria, tal vez; para explicarla, conviene recorrer desde el principio al fin la vida pública de nuestro malogrado amigo.

Conocí á Bove antes de la expedición del Vega, cuando estaba en Turín preparándose para el gran viaje, estudiando inglés y recogiendo enseñanzas y consejos de Cristobal Negri. Era un joven simpático, algo tímido, lleno de buena voluntad y de hermosas esperanzas. Pero sus esperanzas, en cuanto se relacionaban con la expedición del Vega, de la cual comprendía todas las grandes dificultades y peligros, limitábanse á regresar sano y salvo, enriquecido de conocimientos útiles y con un buen nombre que le hubiese favorecido para su carrera en la Marina Real.

Recuerdo perfectamente la mañana aquella en que le dí mi último adiós en el descanso de la escalera de mi casa, viendo ya con la imaginación detrás de su cabeza juvenil el inmenso horizonte blanco de las soledades polares, que lo esperaban acaso para no devolvérnoslo nunca. Estaba tranquilo y sonriente como todo joven valeroso que va á desafiar la fortuna, y pa-

172

recía que en sus hermosos ojos azules brillaba ya el deseado espectáculo del regreso: sus padres con los brazos abiertos, los amigos festejándole, el acorazado italiano á bordo del cual había navegado, orgulloso de su heroico viaje.

Ese era su ideal, y lo decía con aquella sonrisa suya, llena de afabilidad y de modestia; y seguro estoy de que durante los tres años que el viaje duró, no acarició jamás una esperanza más ambiciosa; no soñó jamás con otra cosa

que con un regreso honroso.

En vez de esto, la vuelta fue un triunfo ruidosísimo. En aquel conciudadano, el más joven
de todos cuantos habían formado parte de aquella expedición milagrosamente afortunada, el
entusiasmo nacional vió casi resumida y encarnada la gloria de la expedición entera y algo
así como la promesa de otros viajes maravillosos y de grandes descubrimientos, todos nuestros; vió casi renovada la tradición de nuestro
glorioso pasado marítimo, el acontecimiento
inaugural de una segunda epopeya de la navegación italiana. El joven oficial, obscuro al
partir, volvía célebre. Su viaje desde Nápoles á
su tierra natal y á Turín fue una fiesta contínua.

En los supremos momentos que precedieron á su desdichadísimo fin, el pobre Bove debe haber recordado aquellos días; debe haber tenido una rápida visión luminosa, tal vez dolorosísima, de aquellas estaciones de ferrocarril atestadas de estudiantes que aclamaban su nombre; de aquellos anchurosos teatros donde miles de oyentes pendían conmovidos de sus labios; de aquellos animados banquetes, en los

cuales cientos de copas buscaban la suya, y donde, por cima de las voces de todos, resonaba la del buen viejo Negri, temblorosa de alegría al ver otra vez vivo, aclamado y feliz á su discípulo predilecto.

Pero Bove distinguía claramente en aquellas fiestas lo que le tocaba á él y lo que correspondía al acontecimiento; aquello que era justo y razonable y lo que rebasaba los límites de la justicia. No era posible que su índole fuerte y sana y su buen juicio se dejaran dominar por el orgullo, y cayeran en una ilusión vulgar. Hasta en las ocasiones en las cuales hubiera sido disculpable un momento de debilidad, se mantuvo siempre virilmente dueño de sí mismo. Muchos recordarán todavía la amable sencillez y la claridad asombrosa con que, en los instantes más calurosos de los festejos, contestaba á las mil variadas preguntas con las cuales lo volvían loco curiosos y hombres de ciencia, apiñados en torno suyo, para todos los cuales tenía una sonrisa y una palabra afectuosa.

Pero era exaltado. Los relatos que traía á sus labios, las glorias de su país, eran un licor al cual no resistía. La embriaguez, sin embargo, obraba en él noblemente; le daba fuerza y audacia para dibujar grandes cosas, sin engañar-lo sobre la importancia de aquello que había hecho. La suya era una exaltación lúcida. Parecía que aquella inesperada gloria duplicaba todas sus facultades. Su corazón palpitaba de ambición, su mente trabajaba con prodigiosa actividad. Comprendía que para mantenerse á la altura á la cual le había elevado la fortuna,

hubiera debido abrirse nuevo camino, conquistar la gloria por segunda vez, por propio impulso, con alguna empresa extraordinaria, pero suya sola. ¿Cómo había de volver á su modesta posición de teniente de Marina después de aquella especie de triunfo nacional? Presentía que había de hallarse incómodo, y cualquiera comprende por cuáles razones y de qué modo.

Entonces concibió la grandiosa empresa de un viaje de exploración á los mares Antárticos, que terminase, ó perdiéndolo todo, ó con un descubrimiento de altísima importancia para la ciencia y para el mundo entero. Aferróse á aquella idea con todas sus fuerzas, la defendió con ardiente entusiasmo, buscóse elementos con infatigable constancia, sin soñar, sin vivir para otra cosa durante muchos meses, hablando de ella continuamente con la elocuencia apasionada de un inspirado á cuya vista aparecíase ya un nuevo mundo allá en las regiones de los hielos eternos bautizado con su nombre.

Pero cesaron las demostraciones festivas; la grande empresa no encontró elementos en Italia, y los dos viajes de exploración que hizo á la Tierra del Fuego ni añadieron ni podían añadir nada al renombre que le diera su primera expedición.

Transcurrieron los años, y el astro de las sublimes esperanzas, si no extinguióse, se obscureció. Los últimos entusiasmos de Bove fueron para la *colonización* del territorio de las Misiones; pero no encontraron eco, y hasta estos últimos entusiasmos murieron con un desengaño positivo.

El efecto de todo esto fue una larga y lenta caída en su ánimo de aquellas estupendas alturas, á las cuales, ya lo he dicho, nunca crevó haber subido va; pero á las que noblemente ambicionaba llegar con el tiempo y con el trabajo después del regreso de los mares Articos. Quien lo conoció en aquellos primeros años felices y volvió á verlo en estos últimos, observaría ciertamente en él, bajo la apariencia de una serenidad inalterable, un cambio. No estaba plenamente satisfecho de sí mismo; leía dentro de sí que faltaba algo á su vida, que en su alma había un vacío. No es que se considerase, como suele acontecer á los hombres mediocres, una víctima de la suerte ó de un genio desconocido-porque de nadie se quejaba, ni en su corazón había penetrado la recriminación; pero después de aquella primera embriaguez profunda, después de aquel poderoso impulso que diera á todas sus fuerzas la inesperada posesión de la gloria, no bastaba á su naturaleza, deseosa y capaz de grandes hechos, ni las pequeñas satisfacciones de la fama llena de simpatías que le quedaba, ni le bastaba tampoco el horizonte estrecho y pálidamente iluminado que le presentaba el porvenir.

La posición lucrativa y honrosa de director de una sociedad de navegación no correspondía á su audaz y poética ambición de descubrir y colonizar tierras nuevas. Y el viaje al Congo, emprendido por encargo del gobierno, lo realizó con la concienzuda diligencia que empleaba para todo; pero—sus cartas lo demuestran—sin entusiasmo alguno, porque no era empresa

que le hiciese avanzar ni un sólo paso en la senda por él soñada. Además, los cuidados de su último empleo, las largas interrupciones impuestas á sus estudios por los viajes y por los negocios, y su misma naturaleza gastada por el trabajo, eran otros tantos impedimentos para que buscase y encontrara en la ciencia la satisfacción de una parte al menos de sus altas aspiraciones. No era indudablemente un olvidado, como suele decirse, por la sociedad y por su país, los cuales le habían dado siempre el respeto y el honor que le eran debidos; era, creo yo, un caído dentro de sí mismo, al cual faltaba la armonía entre las esperanzas y los recuerdos; era un alma sometida á dieta, un enfermo, un descontento-sin ira-del reino de la gloria. Esto, en mi juicio, contribuyó á abreviar en él el período de la lucha y de la resistencia contra su enfermedad. Y esto me hace dudar de si, para los que han nacido para combatir por los grandes fines, es mejor recibir en los primeros pasos una gran caricia ó una sacudida brutal de la fortuna.

¡Qué lástima! ¡Había hecho tanto la naturaleza por él, y él había hecho tanto para ayudarla!

Sobre el sólido fundamento de los primeros estudios, fáciles para su inteligencia, abierta á todas las ciencias positivas, había ido acumulando una gran cantidad de conocimientos variados y útiles, recogidos con aguda y tranquila meditación sobre los libros, entre los hombres y en la larga experiencia de la vida. Su inge nio, vivo y atrevido, como dijo Cristobal Ne

gri, estaba sostenido por un raro buen sentido, admirablemente reflejado en las innumerables cartas escritas desde todas las partes del mundo á su venerado maestro, en ninguna de las cuales se ve que el entusiasmo ó la presunción juveniles echen el más ligero velo sobre la sagacidad de las observaciones y la prudencia del consejo. En toda clase de estudios se perfeccionaba continuamente con una labor jamás interrumpida, y siempre ordenada por la voluntad. Falto en su primera juventud de cultura literaria, había conseguido, á fuerza de leer mucho y bien, escribir páginas llenas de corrección y belleza; y de un hombre que hablaba con dificultad y premiosamente, convirtióse en orador de facundía para el género de conferencias, quizás demasiado inclinado á una elocuencia un tanto brusca y de saltos, aunque algunas veces de eficacísimos resultados.

Y cuando estaba de humor alegre, y sus oyentes lo estimulaban, ¡con cuán viva y delicada gracia narraba las anécdotas de sus viajes, presentando el lado cómico de los hombres y de las cosas! ¿Quién hubiera dicho oyéndolo chancearse con la graciosa ligereza propia de un hombre de mundo, habituado al trato distinguido y jovial, que era aquel rudo marino acostumbrado á resistir las más ásperas fatigas, experto en todo género de aventuras peligrosas, intrépido ante la tempestad y ante la muerte? Al aspecto evidente de estas gallardas virtudes, se unía por modo admirable en su rostro correcto y fino, bronceado por los vientos del Océano, la nota de una gran bondad y

de una cortesía exquisita. Tenía las líneas del semblante y los ojos italianos, y algo de septentrional en el color y en la expresión de la fisonomía; su pronunciación era entre ligur y piamontesa; su voz extraña, su paso reposado, su gesto llamativo, su mirada límpida. No se podía conocerlo sin amarlo.

¡Y... se ha matado!

¡Ah, qué cosa tan horrible! ¡Y no haber estado allí, en Verona, en aquel malhadado día; no haber podido seguirlo, no haberlo visto cuando salió de su casa con el revólver escondido, y cogerle el brazo con un brazo y con el otro rodearle el cuello en el momento fatal! No haber podido decirle: - ¡No, Bove; por lo más sagrado que hay en el mundo, no te mates! La bala con la cual quieres destrozarte la frente, destrozaría el corazón de los tuyos. Lucha, sufre todavía; confia aún en tu valor y en tu fuerza; no manches el purísimo ejemplo de vida honrosa y útil que podremos presentar á nuestros hijos; no añadas por tu propia mano otra víctima á las víctimas italianas en África. ¡Curarás, tornarás á tus trabajos, volverás á ver el Océano, servirás aún á tu país! ¡No mueras!

Cien veces repito para mis adentros estas palabras, y cien veces, como muda y terrible respuesta, se me presenta la imagen de aquel pobre cuerpo inmóvil, abandonado en medio del campo, con las sienes ensangrentadas, los brazos inertes, los ojos apagados, junto al arma maldita que mató una esperanza de Italia



XII

Un poeta provincial.

de escribir un prólogo para el libro de un malogrado amigo, y he decidido hablar más del autor que de sus versos, ya porque estos hablan bastante por sí mismos, y porque yo, para la mayoría de los lectores, sólo puedo hacer un comentario superficial, ya porque es racional suponer que todos los que admiraron desde fuera al poeta deseen saber sobre todo lo que sólo puede decir uno de sus amigos: qué tal era el hombre.

Intento, pues, dar al público más bien un retrato que un estudio literario, el cual, por otra parte, no podría hacer con frío juicio, dado el vivísimo cariño que tuve al amigo y que conservo á su memoria, y el demasiado poco